

misioneros católicos necesitan superar para sostener sus templos y sus escuelas entre hombres que reputan como virtud hostilizar á cuantos disienten de su fe; en medio de pastores cuyo carácter no es la prudencia ni la sencillez que recomienda el Evangelio, y bajo el influjo de autoridades que participan de las preocupaciones de aquellos y del supersticioso fanatismo de estos. Pero la Iglesia de Dios, figurada en el árbol cuyas ramas se extienden sobre todas las naciones de la tierra, sin sucumbir bajo los golpes, ni detenerse en presencia de los obstáculos, marcha con paso firme, extendiendo sus espirituales conquistas sobre los corazones y los entendimientos que arrancó de su seno la mala fe, la ambicion y demas vicios personificados en los fautores del cisma del Oriente. *El catolicismo triunfa en todas partes.* Este es el gran hecho de influjo universal que hoy experimentan todos los pueblos del globo, y que por sí solo demuestra la divinidad de la verdadera y única Iglesia de Jesucristo. En Bosnia, Bulgaria, Moldavia y Valaquia existen vicarios apostólicos de orden episcopal, á quienes incumbe dirigir las misiones esparcidas por todos estos vastos territorios. Doscientos sesenta mil católicos existían en 1852 (1), doscientos sesenta mil que, mediante la proteccion visible que concede la Providencia al catolicismo y el celo de los pastores encargados de su direccion, aumentarán dia por dia « hasta llenar la medida, y sobrepasar las previsiones de la prudencia humana, empeñada en fijar límites á las disposiciones de Dios. » Las misiones de Bosnia y Bulgaria las desempeñan religiosos de San Francisco, la de Moldavia los PP. Conventuales; y la pobreza y las virtudes de sus individuos, que conocí y pude apreciar personalmente, son edificantes. En la Valaquia ejercen las funciones del apostolado los clérigos de la Pasion, y su celo y constancia son superiores á todo elogio.

(1) Tomo este dato de los escritores servios no católicos que he citado poco ántes.

CAPÍTULO II.

El Bósforo. — Santa Sofia. — Primeras impresiones en Constantinopla. — ¡Cuántos recuerdos! — Las mezquitas y los cementerios. — El ramadan. — Cómo se solemniza. — Asistencia de la corte á la mezquita de Karcáh-Cherif. — El gran scheislan. — Desposorio del sultan en la mezquita de Top-Kana. — Lances desagradables. — El bairan. — Mezquitas de Eyoub y de Achemed.

La hermosura incomparable del Bósforo realiza los bellísimos paisajes que concibe y dibuja la imaginacion de los poetas, reuniendo en un lugar todo lo que hay de grande, precioso y deleitable en la naturaleza. Allí se ven montañas salpicadas de verdes bosquecillos, prados cubiertos de jardines olorosos y soberbios palacios, cuyas formas caprichosas nos ponen en relieve el gusto singular de los Orientales; mil embarcaciones construidas de mil formas diferentes, equipadas muchas con esplendor imperial, y mil hombres que en ellas se pasean por un mar cristalino, completan el soberbio espectáculo que el viajero contempla al entrar por el Bósforo en la antigua Bizancio. Las costas de Europa, divididas solamente por un canal estrecho de las de Asia, unen á las dos partes mas importantes del Viejo Mundo, y de donde las ciencias y las artes salieron para derramarse sobre toda la haz de la tierra. Desde el puente divisaba yo un viejo edificio, cuyos minaretes se elevan sobre todos los demas, y á quien sus formas religiosas anuncian desde luego como uno de los templos de Cristo que sobrevivieron al asedio y toma de Constantinopla, para ser trasformados en mezquitas de Mahoma. ¡Santa Sofia! ¡el orgullo de la corte imperial de Constantino! Sí,

ella era efectivamente; y como un hombre de formas colosales sobresale del resto del ejército, así ella eleva su soberbio cuello, engalanado con tantos recuerdos históricos en medio de la multitud de mezquitas que la rodean.

Muy distante estoy de creer los pronósticos vulgares en la corte del zar, que aseguran la corona de Bizancio á la raza moscovita y la posesion de Santa Sofia á los sucesores del cismático patriarca Focio; ni ménos creo que esto pudiese influir saludablemente sobre la necesidad que allí siente el hombre de los dos grandes elementos religion y civilizacion. El curso natural de los sucesos humanos que realizan las disposiciones de la Providencia, pudieran quizá elevar alguna vez la cruz donde hoy está plantada la creciente; mas ¿permitiria Dios en este caso que la bella basilica cayese en poder de los que la profanaron tantas veces, convirtiéndola en campo de batalla? ¿ó la arrancaria de manos de los Osmaninos, que la destinaron á un culto extraño, para depositarla en la de los Griegos, que la harian servir á otro supersticioso? No lo creemos ni por un instante.

La primera vista de Constantinopla sorprende; pero apenas comienzan á subirse sus calles estrechas y disparejas, á verse de cerca sus sucios edificios, y á experimentarse su falta de policia, todas las primeras impresiones desaparecen como por encanto. En vez de los palacios del Bósforo no se ven mas que casas negras y levantadas sin ninguna arquitectura, y en lugar de bellisimos jardines el aspecto repugnante de los cementerios con que se tropieza á cada paso. Con D. Roberto Waddington y un Griego nos echamos á andar por aquella inmensa poblacion. ¡ Ah, cuántos recuerdos encontramos á cada paso por siempre tristes para la causa del linaje humano! Aquí la columna de Marciano y el acueducto de Valens nos recuerdan las gloriosas empresas de los soberanos del Oriente; allí el edificio de Santa Irene, convertido hoy en arsenal, nos explica al vivo la piedad eminente de los augustos fundadores de esta ciudad, en otro

tiempo reina del Oriente. Acá los muros que se desploman, las fortalezas que se arruinan, y los mas bellos monumentos de las glorias de los emperadores cristianos que desaparecen, nos pintan al vivo el carácter negligente y la pereza habitual en que han caido los descendientes de Bayaceto y Soliman, que atravesaron la mitad de Europa al frente de soldados siempre victoriosos; y allá trescientas mezquitas que ocupan el lugar de los templos cristianos, y de las que entran y salen constantemente pelotones de devotos, anuncian que una sola cosa vive en este pueblo, y es la ignorancia, que sirve de apoyo á una religion imposible de conciliar con las luces del entendimiento ni con la dignidad del hombre.

Tres cosas mas notables, entre otras muchas, dan á primera vista idea de las costumbres turcas. Las mezquitas donde la mayoría de una poblacion fanática se agolpa cada dia á ejecutar sus abluciones en fuentes preparadas en el atrio del edificio. Los creyentes se descalzan irremediabilmente al penetrar su recinto para ellos venerando, y luego, despojándose de sus ropas, hacen tres lavatorios en su cuerpo, divididos por genuflexiones, inclinaciones y posturas que acompañan con rezos que dicen vueltos al Oriente. Esta ceremonia, que purifica, segun ellos, su conciencia de toda mancha, les rehabilita para entrar dignamente en la mezquita, y adorar en el santuario á Alá y su profeta con alma pura y viva fe. Pero el interior de estos edificios no ofrece á sus devotos objeto alguno que pueda alimentar su piedad, ni nada se ve en ellos fuera de la cátedra en que el muftí ó mueslin explica cada viérnes el Alcoran, un gran letrado en el frontispicio ó lugar mas santo en que está escrito y cubierto con un velo: « *No hay Dios sino uno solo, y Mahoma su profeta,* » algunos otros pasajes del Alcoran distribuidos en las murallas y los sepulcros de individuos de la familia imperial, ó de algunos ricos que pagaron á peso de oro ocupar un puesto en el santuario del profeta. Las puertas y ventanas de estas casas de oracion que dan á los

lugares públicos son guardadas escrupulosamente durante el tiempo de la oracion, y solo el dinero puede abrirlas al curioso que quiera ver con sus ojos cuanto tienen de ridículo y absurdo las ceremonias prevenidas en la ley del Alcoran (1). Inútil es decir que todas estas ritualidades no tienen hoy cabida sino entre los viejos creyentes y la plebe; los que reciben educacion en los colegios montados á la europea, los que conocen los idiomas extranjeros y han adquirido algun género de cultura, los que pasan por ilustrados en los círculos sociales, ninguno de todos estos se purifica con abluciones, ni con genuflexiones, y si entran en las mezquitas, es con el único objeto de ser vistos, alcanzar fama de hombres religiosos, y obtener los destinos que solicitan. El Alcoran reserva los empleos para los buenos creyentes, y excluye de ellos á los que no lo son. Saliendo de la mezquita, el buen mahometano no concurrirá á visitas, ni á diversiones; irá á su casa con un continente recogido, ó haciendo visajes bajo las impresiones de esa agitacion que le inspiran los principios de su fe.

Los cementerios presentan grandes intervalos en los barrios mas poblados de Constantinopla. Pero los Turcos estiman en mucho vivir cerca de sus muertos, y no solo conservan á estos en el centro de las poblaciones, sino que los mas ricos los entierran en la puerta ó en el jardin de su misma casa. El hedor que suelen despedir en todos estos lugares los cadáveres medio sepultados, no puede ménos de contribuir en gran manera á las crueles epidemias que con frecuencia diezman la capital de la Turquía, así como todas sus grandes ciudades. No describiré las escenas que dia por dia ofrecen estos cementerios con motivo de las exequias que hace cada familia por sus muertos: basta á mi propósito decir que ellas copian fielmente las libaciones de los antiguos paganos,

(1) Llegando á Egypto encontrará una descripción de ellas el lector, pues son las mas solemnes que he visto.

y que el vino se derrama sobre las tumbas de los muertos, del mismo modo que correria en los banquetes de los vivos.

Las calles fueron otro objeto que llamó mi atencion: enjambres de perros que las recorren con franqueza bajo el salvoconducto que les dispensa la ley, grupos de hombres ociosos que conversan constantemente, algun *derswiche* repugnante que las atraviesa recibiendo de todos muestras de respeto, montones de escombros que obstruyen el paso de los transeuntes, y disformes pedrones que hacen insoponible el pavimento, completan su fisonomía. Pero sin embargo de estas menguas que dan malísima idea de la civilizacion de Constantinopla, los Turcos aferrados á sus viejas tradiciones recibirán como insulto cualquiera observacion dirigida á suponer que hay defectos en la corte del «emperador de los poderosos emperadores y repartidor de coronas imperiales.»

Se celebraba la fiesta del ramadan, tiempo el mas solemne del año mahometano, cuando me encontraba en Constantinopla. El ramadan impone á los sectarios del Alcoran una severa abstinencia durante el noveno mes de su año, y los dispone para la solemnidad del gran bairan, tiempo en que concluye la peregrinacion á la Meca. El principio del ramadan es anunciado por salvas de artillería en todas las ciudades y villas del imperio. El ayuno obliga á toda clase de personas desde que el sol sale hasta que se pone, y estos dos momentos son tambien señalados cada dia por repetidas salvas de cañon. El ayuno no solo se reduce á la abstinencia de comidas, sino tambien de bebidas y de perfumes: cualquiera trasgresion que se haga en público de esta ley es castigada por la autoridad como delito cometido contra religion. Mas estos hombres que durante el dia se han abstenido de comer y de beber, esperan sentados á la puerta de sus casas el momento de quebrantar su ayuno; y apenas llega cuando se arrojan sobre la pipa, las viandas y las bebidas con avidez incomparable. Los banquetes entónces se pro-

longan, y el buen musulman se cree obligado á comer hasta la hartura. Pero esto no es bastante; la religion le incita á comer de nuevo á média noche: á esa hora sale de cada mezquita un mueslin, acompañado de sus empleados subalternos, que tocando una especie de tambor, triste sobremana, da vuelta por las calles que le pertenecen, anunciando que el ramadan continúa el siguiente dia, y que por consecuencia es necesario comer para no estar desfallecido. Cuando á la mañana siguiente nace el sol, el fiel servidor de Mahoma se recoge á dormir, harto de comida y muy satisfecho de observar á la letra los mandamientos del profeta.

La corte toma parte en esta pública penitencia, y el sultan asiste á las mezquitas á postrarse humilde, acompañado de sus grandes. Le ví concurrir á la de Karcach-Cherif, rodeado de toda la pompa imperial, que de ninguna manera convenia al espíritu de compuncion que se supone presidiendo en aquellas ceremonias. En el palacio de Dolma-Baghiche subió sobre un soberbio caique, y seguido por otros cuatro no ménos magníficos que ocupó su servidumbre, atravesó hasta el puente de Mohamoned, en donde le esperaba la corte. El sultan montó allí uno de seis caballos enjaezados ricamente que le fueron presentados por los oficiales del estado mayor, y al punto marchó la comitiva en el órden siguiente: la gran guardia compuesta de coroneles y oficiales superiores, llevando cada individuo dos esclavos al estribo; los ministros de Estado, seguidos tambien por esclavos que llevaban de la brida otros caballos, enjaezados con tanto lujo como los que montaban sus amos; el almirante y el gran visir, acompañados por ocho esclavos cada uno; y finalmente el sultan, seguido de un numeroso acompañamiento, vestido de riquísimos uniformes. Esta comitiva desfiló al frente de batallones que hacian honores militares á su soberano. Llegado este á la mezquita, recibió el culto del incienso que le tributaron ulemas vestidos de blanco: el gran scheislan ó jefe de la religion, puesto de pié á la

entrada, besó la mano á S. M. I., y le introdujo hasta una especie de divan cubierto de terciopelo verde, donde hizo su oracion durante média hora. Por importantes que sean las atribuciones del scheislan, cuando este se encuentra en presencia del legítimo representante de Mahoma, no es mas que un simple particular. Todo lo honroso, grande y solemne corresponde á aquel en cuya presencia el Alcoran no permite sea acatado ningun otro individuo sobre la tierra. Miétras esto sucedia, los gritos de los mueslines, que desde los balcones de los minaretos de todas las mezquitas avisaban al pueblo que «el gran señor hablaba con el profeta,» hacian resonar la ciudad con un ruido bien desagradable. Los vivas de la muchedumbre y de la tropa se unieron á las salvas de la artillería, para victorear al sultan cuando finalizó su oracion.

Pero no fué esta la única muestra de *penitencia* con que el gran señor santificó su ramadan: otra ceremonia prescrita por el Alcoran tuvo lugar en la noche del siguiente dia en la mezquita de Top-Kana. El frontispicio de esta y sus cúpulas brillaban, merced á una iluminacion soberbia, como tambien las cúpulas y los minaretos de todas las mezquitas de Constantinopla. Las fortificaciones y los buques de guerra hicieron á las ocho repetidas salvas de artillería, señal de acercarse el sultan, que en efecto no tardó en llegar á la puerta de Top-Kana, rodeado de su corte. Mas esta no le acompaña en tal ocasion al interior de la mezquita; el scheislan y los ulemas mas dignos y condecorados son los únicos que entran con él: ¿á qué? ¿á cumplir la ceremonia del desposorio del soberano con la fe del islamismo, personificada en una doncella que recibe por esposa aquella noche para no volverla á ver quizá jamas! Yo no sé lo que pasó durante el largo tiempo que el sultan permaneció encerrado con los ulemas, pues la vista de esta ceremonia es prohibida para todo otro que no sea uno de los llamados á intervenir en ella misma. Los Turcos se entusiasman en estas solemn-

dades, las miran como santas, y encuentran á todas su sentido místico; mas ¡ay! la razon y la moral dan un grito de reprobacion contra ceremonias como la de Top-Kana, donde una niña de doce años, arrancada de su familia cuando contaba apenas cinco, y conducida desde los montes de la Circasia ó desde los confines de la Nubia, se ve forzada á servir de pábulo á los vicios de un sensual, para pasar despues encerrada el resto de su vida. ¡Desgraciados los pueblos á cuya vista la religion ofrece como santos semejantes espectáculos!

El Griego que nos servia de guia nos obligaba miéntras tanto á seguirle por entre una multitud inmensa que rodeaba Top-Kana; mas no contento con llegar hasta el atrio de este vasto edificio, quiso entrar en la plaza que rodea la mezquita. El cabo de guardia advertia á gritos que no entrase allí persona que no fuese musulman; mas el Griego, acostumbrado como todos los de su nacion á contradecir á los Turcos, ningun caso hizo de aquella prevencion, y dió un paso adelante para penetrar el lugar vedado á los cristianos. Mas castigado luego con un feroz culatazo que recibió del centinela, volvió atras sin ánimo de llevar adelante su propósito. «Estos malditos, gritaba el cabo de guardia, no se contentan con amenazarnos con guerra, sino que quieren tambien burlarse de nuestra religion en nuestra misma presencia.» No dejaba el Turco de tener razon, pues los Griegos, y los Rusos sus protectores, que conminaban entónces á la Puerta del modo mas atrevido, ninguna reserva tenian en su conducta. El sultan salió al fin con el mismo aparato que habia entrado, y fué saludado por un *viva* entusiasta de todos los ulemas, mueslines y niños de mezquita que miraban asegurada mas y mas la fidelidad de su soberano al islamismo con la *nueva* obligacion que acababa de contraer, recibiendo por esposa una bella Circasiana.

Al ramadan siguió el bairan, no era el gran bairan sino el pequeño el que tenia lugar en esa época; mas no obstante el

piadoso Abdul-Mejild asistió continuamente á las mezquitas, desde cuyos minaretos á todas horas hacian oír los mueslines sus gritos desagradables en la ciudad, exhortando á sus creyentes á la oracion. Para los Turcos, en este tiempo sacratísimo toda obra servil les es prohibida, y se les manda consagrarse á los ejercicios de religion. El sultan dispensa durante él muchas gracias, y el scheislan tiene derecho para hablarle cuantas veces necesite, á fin de hacerle las advertencias que convengan al esplendor del representante del profeta y á la fe de este.

Entre los lugares que se visitan con mas frecuencia durante el bairan, dos suelen preferir los sultanes, porque á ellos se ligan grandes recuerdos que hacen el orgullo de su persona y de su nacion toda. Uno es el Eyoub, mezquita de la que es jefe inmediato el scheislan: en esta son inaugurados los sultanes por el muftí y el cadí de la Meca; en esta colgaron sus espadas los grandes conquistadores despues de la toma de Constantinopla; y en esta, en fin, recibieron, despues de insignes triunfos obtenidos sobre los enemigos del Alcoran, el título de *Victoriosos*, que les recomienda á los ojos de todo mahometano, los dignos sucesores del padre y fundador de su creencia. Este lugar, que ocupa una extension vastísima, está colocado en uno de los extremos de la poblacion; la mezquita se eleva en medio de huertos y jardines, que sirven de cementerio á los scheislans, muftís, cadís y á otros personajes muy principales que de todas las provincias del imperio piden se les sepulte en aquel sitio sagrado. «Cuando el profeta haya de recoger á sus creyentes, hará oír su voz en la Meca, en Medina, en Jerusalem y en Eyoub ántes que en otros lugares.» Ved ahí una tradicion muy respetada por los viejos creyentes. Los bosques de cipreses, los altos minaretos, el graznido de los cigüeñas y los turbantes de los sepulcros imprimen sobre este lugar una fisonomía en extremo melancólica. Ni una persona ví en todos sus contornos. Los cementerios cristianos respiran vida: en

las losas de los sepulcros, en las cruces, en las estatuas se traduce una palabra que anuncia existir todavía aquel cuyos despojos recibió la tierra y deposita la fría tumba. Él no ha muerto, pues que su alma vive, y esa misma carne que la muerte reduce á polvo volverá á levantarse y á vivir también alguna vez. Esta esperanza, hablando al corazón, anima el espíritu del que medita apoyado sobre el sepulcro del pariente ó del amigo. « *Él duerme, y despertará algún día.* » Su alma mientras tanto vive en la eternidad, y sus ruegos hasta allá penetrarán, animados por la fe y caridad que nos une « en el seno de Aquel por quien todo vive. » Mas no inspiran por cierto sentimientos semejantes los cementerios mahometanos, sobre cuyas tumbas el baile y las comidas son el único sufragio que puede servir de mérito al difunto. Esta religion material que elevó la carne sobre el espíritu quiere que aquella domine todavía cuando la disolucion la anada en las entrañas de la tierra, derramando sobre esta lo que sirve ordinariamente de fomento á los placeres.

El otro lugar sagrado para los Turcos es la mezquita del sultan Achemet, en la que han venido á depositarse las riquezas de tantos santones. Estos, queriendo honrar al profeta, instituyeron rentas para mantener todas las palomas que en ella busquen asilo. Todos los días al salir el sol los mueslines derraman trigo en gran cantidad en los patios que rodean la mezquita, repitiendo la misma ceremonia al medio día y al ponerse el sol. De esta manera los que no cuidaron de establecer una sola casa para asilo de sus semejantes pobres é inválidos, derraman sus tesoros para alimentar palomas; y los que no respetaron sitio alguno cuando trataban de perseguir á los disidentes de sus absurdas supersticiones, consagraban lugares donde los brutos viniesen á asilarse huyendo de sus perseguidores. Yo, despues de ver llenas las calles de Constantinopla de pobres y mendigos de nuestra misma especie, Turcos, Armenios, Griegos y de todas las regiones del Oriente, que pedían un pedazo de pan para alimentarse, ví derramar

el trigo que se negaba á aquellos, para servir á los brutos de alimento. El espíritu que nutre la fe del islamismo explica muy bien esta conducta, que es á los ojos del cristiano una impiedad jamás justificable. Pero hechos de esta clase son naturales al hombre cuya conciencia no conoce otra ley que los ciegos impulsos de una razón extraviada, ó los caprichos de una devoción que se alimenta de supersticiones. El cristianismo extrae la imaginación, el corazón y el espíritu del individuo de aquellos escollos en que pudiera fácilmente tropezar; y dándole la caridad como su regla de conducta, le señala un sendero recto por donde llegar al término que se propone. Volney, Lamartine y los demás que creyeron ver practicada de un modo idéntico la beneficencia por los cristianos que por los mahometanos, y por cuantos no conocen la doctrina del Evangelio, podrán respondernos si existe alguna relación entre la piedad que inspira salvar al hombre, en quien se ve la imagen de Dios y la semejanza de nosotros mismos, y la devoción que funda rentas para alimentar brutos, mientras deja perecer al racional, que vale ménos que aquellos á sus ojos. Los que así ven deliran tanto como los viejos musulmanes, bienhechores generosos de la mezquita de Achemet.

